



El teniente coronel José Luis Sales, jefe del EAT-9, entrega una bandera de España al general bosnio Tursunovic.

[misiones internacionales]

Los últimos DE BOSNIA

El regreso del equipo de asesores militares pone fin a 23 años de misiones en esta región de los Balcanes

LOS siete militares españoles que componen el Equipo de Asesoramiento a las Fuerzas Armadas bosnias (*Embedded Advisory Team, EAT*) regresan a mediados de este mes a España tras cuatro años y medio de trabajo en Travnik, con lo que dan fin las misiones españolas en Bosnia, 23 años después del primer contingente desplegado en ese país.

La ceremonia de clausura se celebró el pasado 25 de febrero con una parada militar que estuvo presidida por el general de división Husein Tursunovic, jefe de Apoyo Logístico del Ejército bosnio y por el general de brigada Fernando Enseñat, secretario general del Mando de Adiestramiento y Doctrina (MADOC) del Ejército de Tierra.

La misión del EAT, que se ha desarrollado en nueve rotaciones, tenía como objetivo asesorar al Mando de Adiestramiento y Doctrina (TRADOC, *Training and Doctrine*) de las fuerzas locales, principalmente en las áreas de doctrina, estandarización, interoperabilidad y adiestramiento. Con ello se ha contribuido a que las Fuerzas Armadas de Bosnia-Herzegovina alcancen los niveles de estandarización e interoperabilidad internacionales que les van a permitir integrarse en las estructuras militares europeas y de la OTAN.

Al día siguiente de la ceremonia en Travnik, los miembros del último equipo EAT depositaron una corona de flores ante el monumento erigido en la plaza de España de Mostar en recuerdo de los 23 fallecidos en las distintas

misiones desarrolladas en esta región de los Balcanes. El acto de homenaje contó con la presencia de la embajadora de España, María Aurora Mejía Errasquín; el alcalde de Mostar, Ljubo Beslic, y el general Enseñat.

DE LA GUERRA A LA PAZ

La historia reciente de las Fuerzas Armadas españolas está unida a Bosnia-Herzegovina. Más de 46.000 militares han participado en las sucesivas misiones, primero de la ONU y luego de la OTAN y la UE, en el país balcánico desde 1992, año en el que llegaron los primeros efectivos. Aquél primer contingente se integró en la Fuerza de Protección de Naciones Unidas (UNPROFOR), con la doble misión de vigilar el cumplimiento de los acuerdos de paz conseguidos hasta ese momento y de proteger los convoyes de ayuda humanitaria en su ruta hacia Sarajevo.

Pero ese mismo año se rompió la alianza entre croatas y musulmanes que derivó en guerra en marzo del año siguiente, lo que provocó que las tropas españolas actuaran como fuerza de interposición entre los contendientes. Así, sólo en 1993 se produjeron las primeras 15 bajas de militares españoles en territorio bosnio.

Tras la firma de los acuerdos de paz de Dayton, la OTAN lanzó en diciembre de 1995 una misión de estabilización (SFOR) que consideraba la posibilidad de empleo de la fuerza para garantizar un ambiente seguro. Casi diez años duró esta misión aliada, que

en junio de 2004 dio paso a la actual operación militar de la Unión Europea denominada *EUFOR Althea*.

En 2010, dicha operación se transformaba en una misión de entrenamiento y asesoramiento a las Fuerzas Armadas de Bosnia-Herzegovina. Desde entonces, España ha seguido apoyando al país balcánico en su camino hacia la plena normalidad a través de los siete oficiales del equipo de asesoramiento que ahora finalizan su misión. España, no obstante, sigue manteniendo una representación militar en el Cuartel General de EUFOR desplegado en Sarajevo.

José L. Gutiérrez
Fotos: Iñaki Gómez



Los siete integrantes del último equipo EAT depositaron una corona de flores ante el monumento que recuerda en Mostar a los fallecidos en la misión.

La huella de España

ESCRIBIR sobre Bosnia-Herzegovina no es fácil. Al menos para mí. Se mezcla el análisis frío de situación con el recuerdo de amistades, momentos y lecciones aprendidas sobre el comportamiento del ser humano, a veces el terrible comportamiento del ser humano; y habiendo tenido el privilegio de ser embajador de España en aquel país se le añade la emoción de haber sido catapultado por quienes hicieron antes y mejor mi labor: los soldados de España, que permearon aquella sociedad y se ganaron a sus gentes, gentes que luego generaban una exigencia de respeto y aprecio a nuestro país que las autoridades no podían por menos que tomar muy en consideración.

Y eso es lo que yo viví. Viví por ejemplo, en un colegio de Mostar, junto a la Plaza de España, las lágrimas de una mujer al anunciar que nuestro contingente militar abandonaba la ciudad. Viví al anciano que me confundió con un turista cuando yo leía una placa, en una de sus calles, en homenaje a uno de nuestros soldados caídos, y me dijo señalándola «ellos llegaron, y nosotros empezamos a sentirnos seguros». Aquellos tipos que venían de un país con el que la relación hasta entonces había sido prácticamente nula, resultaron ser duros como peñas, profesionales como ni sospechaban, corajudos sin alharacas, sacrificados como ninguno y buena gente, una buena gente que conocía su deber y de la que descubrieron los bosnios que esto no estaba reñido con su humanidad.

Eso explica que yo fuera uno de los pocos embajadores bien visto por las tres facciones en liza, que en los momentos de crisis me pidieran a mí, o mejor dicho a España, que pusiera su peso moral al servicio de la mediación. Que si el cardenal me recibía como «el representante de la católica España», el muftí me acogiera —aún me acuerdo— como «la Europa que nos entiende». No digamos ya la comunidad judía, de la que aprendí sus canciones en ladino, como aquella que me erizaba la piel —«Recuerdo de España»— tan olvidada en nuestro país, tan presente allí tras 500 años.

Fueron muchos años de misión y 46.000 soldados los que por allí pasaron. Una interminable cadena de la que se espera que un eslabón más débil la derribe entera. Y no ocurrió. Cuarenta y seis mil eslabones. Eso, y mucho más que eso, es lo que España ha hecho. Bosnia-Herzegovina queda, sin embargo, no muy bien parada. Su futuro sigue constituyendo una umbría incógnita.

El recelo, cuando no la abierta animadversión, entre los tres pueblos constituyentes —bosniacos, croatas y serbobosnios— aún permanece. El sistema constitucional, que forma parte de los acuerdos de paz de Dayton, fue eficaz en su día para detener la guerra, pero no ha sido capaz de construir la paz, de generar un sentimiento de nación o, sencillamente, de futuro común. Su estructura y trabas paraliza las instituciones y convierte al país en víctima de un sistema de partidos étnicos que se miran de soslayo, que se aguardan aún en las esquinas de los callejones oscuros, que no han declarado la paz porque hacerlo supondría el fin de su organización. Pareciera que la comunidad internacional, lenta a la hora de intervenir allí donde se precisa, efectiva cuando la decisión es firme y el aparato militar se pone en marcha, ampulosa al redactar acuerdos llenos de matices y pejugueras, puede ganar guerras, o detenerlas que lo mismo da, pero después le cuesta infinitamente ganar la paz, construir instituciones, potenciar la gobernanza, devolver a los protagonistas de la tierra y la historia una soberanía consolidada, una estabilidad fijada sobre estructuras de Estado sostenibles. Bosnia-Herzegovina es un caso.

No es el único, ni el más grave. Es un reflejo de lo que la comunidad internacional es, de que el poder desnudo sigue siendo primordial en la escena exterior, y de que lo justo o el derecho internacional aún es el hermano pequeño de la imposición más o menos disimulada.

Entre todo ello surgen a veces, sin embargo, historias que nos reconfortan, que nos reconcilian con la humanidad, que muestran el rostro recto de lo que debe ser. Eso fue España en Bosnia-Herzegovina. Si allí tienen motivos para sentirnos en una cercanía antes inexistente, tenemos en España motivos para agradecerles un orgullo recuperado, una prueba firme de lo que las Fuerzas Armadas son capaces, una muestra de lo que luego se vio en tantas misiones. Más aún: a los que vimos el rastro que allí quedó nos queda la esperanza de que, siendo ellos soldados de España, seamos los españoles de su misma madera.

Lo vi como embajador de España. Les ruego me disculpen por haber perdido la frialdad y la compostura. Lo avisaba en las primeras líneas.

* Entre 2009 y 2012 fue embajador de España en Bosnia-Herzegovina.



Alejandro E. Alvar-gonzález San Martín*
Secretario General de
Política de Defensa